

## EL NIDO DE ÁGUILAS

(De Björnstjerne Björnson)

Llámase Endregaardene la pequeña aldea. Está solitaria y rodeada de rocas altísimas y escarpadas. El suelo en que se extiende es llano y fructífero y atravesado por ancho río que se precipita de la cordillera y desagua en una apartada corriente, visible a simple vista, y no lejos de la aldea.

Siguiendo la corriente llegó en bote el primer hombre que descuajó la comarca. Endre era su nombre y los habitantes de la aldea vienen a ser sus descendientes. Decían unos si un asesinato por él cometido habíale obligado a refugiarse allí, y que por eso los habitantes aparecían con expresión sombría; otros fundaban la culpa de tal tristeza en lo abrupto de las montañas. Al aproximarse San Juan, a las cinco de la tarde, ya no dejan penetrar los rayos del sol en el valle.

Sobre la aldea, en la punta de una roca, la más alta de la cadena, había un nido de águilas. Todos podían verlo cuando la hembra empezaba a incubar, pero nadie llegó a alcanzarlo. Revoloteaba el macho por encima la aldea, y echábase unas veces contra un corredo, otras pagaba la fiesta una cabrita, y un día se llevó un niño a su madriguera. No era caso de vivir tranquilos en tanto estuviera su nido allá arriba. Hacíase memoria de dos hermanos que en pasados tiempos consiguieron trepar hasta donde estaba y lograron destruirlo; pero en la época de mi historia no existía nadie con ánimo suficiente para atreverse con tal empresa.

Al toparse dos convecinos, debía recaer la conversación sobre el nido de águilas y levantaban la mirada para contemplarlo. Tenían presente la fecha que habían comparecido en los recientes pasados años, el punto donde se precipitaron, el daño causado, y el último que intentó alcanzar aquella roca. Desde su más tierna infancia ensayábase la juventud en trepar por las montañas y los árboles, y en todo lo que ejecutaban tenían como punto de mira adiestrarse para llegar al nido y destruirlo, como habían hecho los dos hermanos antes indicados.

En tiempos de mi relato, llamábase Lejf el mozo mas hábil de la aldea. No descendía de allí. Era de cabello ensortijado, de ojos pequeños, muy dado a la broma y simpático entre las mujeres. Ya de joven, alabábase que se engarabitaría hasta el nido de águilas. Pero los ancianos le replicaban que no se envaneciera tan fácilmente.

Hirióle esto en el amor propio, y muchacho todavía se decidió subirse por aquellas rocas.

Fué en hermosa mañana de un domingo al comenzar el verano. Los aguiluchos debían estar ya incubados. Numeroso grupo de gente se estacionó al pié de la esabrosa cuesta. Disuadiante los ancianos, y los jóvenes le infundían valor. Pero el muchacho cerraba sus oídos a lo que no halagara sus propios deseos. Cuando creyó que la hembra estaría ausente, de un brinco empezó a trepar hasta asirse de un árbol, a una altura considerable. Salía de una cavidad, y desde ella continuó trepando. Desprendíase bajo sus piés piedrecillas, y rodaba casquijo, tierra; fuera de esto, silencio solemne. El río seguía violentemente por entre la hondonada del precipicio y al desembocar en la corriente de más abajo, lanzaba un constante bramido. No había terreno más peligroso que aquel. Estábase colgado durante largos ratos mientras buscaba para el pie punto de apoyo que no veía. Ya muchos espectadores no le miraban, principalmente las mujeres, y decían que de vivir los padres del muchacho, no le hubieran dejado cometer una barbaridad semejante. No obstante, al momento de dar con apoyo seguro, buscaba en seguida otro, ya con la mano, ya con el pie, y así seguía subiendo, hasta que resbaló, pero se quedó en seguida agarrado y sobre seguro. Entonces, oíase fácilmente la respiración de los espectadores.

Levantóse de pronto una joven bien desarrollada que, sola, se había estado sentada en una piedra. Eran prometidos desde su infancia, aunque él no hubiese nacido en la aldea. Levantando los brazos, exclamó:

—¡Lejf, Lejf! ¿por qué haces esto?

Todos los presentes se volvieron hacia la misma incluso su padre que estaba a su lado, pero ella no se fijó en nadie.

—¡Baja, Lejf!—exclamó la joven—¡te amo, y aquí arriba nada bueno vas a ganar!

Viósele vacilar, y en uno ó dos instantes como si se decidiera, pero otra vez se fué peñas arriba. Las manos se agarraban fácilmente, los piés se sostenían firmes y durante un rato todo marchaba bien. Pronto, sin embargo, púsose de manifiesto su fatiga, y érale preciso descansar a menudo. A manera de avanzada, cayóse rodando una pequeña piedra, y los espectadores consideraron al muchacho como hombre perdido. Algunos, no pudiendo resistir más aquel espectáculo, se largaron. La muchacha estaba allí, sola, derecha sobre la piedra, retorciéndose las manos y fija la vista en Lejf. Iba tentando con las manos hacia adelante y vióle claramente como de pronto le fallaba una, y bus-